

La FE que OÍMOS

BOLETÍN INFORMATIVO DE LIVING STREAM MINISTRY: RADIODIFUSIÓN

NÚMERO 26, NOVIEMBRE 2004

“Aquel, pues, que os suministra abundantemente el Espíritu ...¿lo hace por las obras de la ley, o por el oír con fe?” Gálatas 3:5

Cooperar con el ministerio celestial

En julio de 1932, recién había regresado a mi casa después de trabajar en la oficina, cuando llegó un hermano. Realmente él buscaba a otra persona, pero aquel hermano ya se había ido. Como aún era temprano, le sugerí que fuéramos a la playa. Cuando íbamos por el camino, él me hizo algunas preguntas sobre temas espirituales. Le dije que sería bueno sentarnos en la playa y hablar acerca de esos asuntos. Y así lo hicimos, conversando aproximadamente de siete a once de la noche. Hablamos acerca del bautismo por inmersión (nuestra denominación practicaba el bautismo por aspersión).

Al finalizar nuestra conversación, me dijo: “Usted es la persona adecuada para bautizarme, y yo soy la persona adecuada para ser bautizada; así que, ¡bautíceme esta misma noche!”

Yo apenas era un joven de veintisiete años, y no era pastor ni anciano, ni siquiera era diácono; así que me resistí y le dije: “¡No, no, no! ¡No puedo! Soy demasiado joven y no soy ni pastor ni anciano ni diácono. ¡No!”

Él me reprendió: “Usted predica, pero no practica lo que predica. Usted me habló sobre la persona adecuada que debe bautizar, del lugar correcto para ello y del tiempo adecuado. He estado pensando y he llegado a la siguiente conclusión: éste es el lugar correcto (el mar está frente a nosotros, lleno de agua), ésta

es la hora correcta (una noche de verano), yo soy la persona adecuada para ser bautizada, y usted es la persona indicada para bautizarme. ¿Cómo puede negarse a llevar esto a cabo?”

Me convenció, y a pesar de que no teníamos un cambio de ropa, entramos en el agua y lo bauticé. Después de eso, ¡ambos estábamos en el tercer cielo!

Dos días después, un jueves, yo estaba en la oficina y quise anotar su nombre, pero no supe cómo deletrearlo; así que le pedí ayuda a uno de mis colegas de trabajo que lo conocía bien. A él le intrigó que yo quisiera saber cómo escribir el nombre de su amigo y me preguntó qué había sucedido.

Le dije: “¿Quiere saber lo que sucedió? ¡Anteanoche lo bauticé en el mar!”

Él se sorprendió mucho, pero más me sorprendí yo cuando me dijo: “¡Usted lo bautizó! ¡Bien, pues yo también quiero que usted me bautice esta noche!”

En la oficina había otro compañero que también había sido salvo, así que le pedí que me permitiera hablar primero con él. Él estuvo de acuerdo en acompañarnos. Después de salir del trabajo, los tres, junto con el hermano a quien había bautizado antes, fuimos a la playa. Yo le pedí a este hermano recién bautizado

(continúa en la página 2)

EL LLAMAMIENTO DE DIOS

“Pues considerad, hermanos, vuestro llamamiento, que no hay muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo innoble del mundo y lo menospreciado, lo que no es, escogió Dios para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte delante de Dios.” (1 Corintios 1:26-29)

“Nobles” o, de buen linaje, es decir, nacido de una familia noble o real. La iglesia de Dios no se compone principalmente de la clase alta, sino de personas de origen humilde y de los menospreciados. Apreciar a la clase alta va en contra del pensamiento de Dios y es una vergüenza para la iglesia.

El llamamiento de Dios (vs. 24-26) se basa en Su elección. Ambos concuerdan con Su propósito (Ro. 9:11; 2 Ti. 1:9). Dios dispuso esta elección antes de la fundación del mundo (Ef. 1:4); Su llamamiento se realiza en el transcurso del tiempo, para llevar a cabo Su elección. El llamamiento de Dios y Su elección son la iniciación de la salvación de Su pueblo predestinado. Nosotros no lo escogimos a Él; Él nos escogió a nosotros. No lo invo-

camos sino hasta que Él nos llamó. Él es el Iniciador. ¡Toda la gloria debe ser para Él!

“Innoble”, es decir, nacido de gente común; en contraste con los nobles del v. 26.

“Menospreciado”, o, despreciable. La palabra griega proviene de la misma raíz que la palabra que se traduce *tenido en nada* en Mr. 9:12.

“Lo que no es”, es decir, como si no tuviera existencia. Los que son de origen humilde y los menospreciados son de poca importancia para este mundo.

La repetición triple de la frase *escogió Dios* en los vs. 27 y 28 nos revela la manera soberana en que Dios trata las tres clases de personas del mundo mencionadas en el v. 26: los sabios, los fuertes (los poderosos) y los nobles. Los nobles, “lo que es”, tienen mucha importancia para el mundo, pero Dios los deshace en Su economía.

“Nadie”, literalmente, ninguna carne. La razón por la cual Dios se agradó en elegirnos, fue que ninguna carne, ningún ser humano, se jactará, se gloriará, delante de Él.

(Notas 26¹-29¹)

EL NUEVO TESTAMENTO *Versión Recobro*



LA REUNIÓN DE ORACIÓN

Lo primero de lo cual debemos preocuparnos con respecto a la reunión de oración es la puntualidad. Si no les damos la debida importancia a nuestras reuniones ni cultivamos una vida corporativa, ciertamente fracasaremos.

En la reunión de oración, aquello por lo cual es necesario orar deberá ser explicado de manera breve y sencilla. No se debe hablar demasiado. Éste ha sido nuestro error en el pasado. Cada vez que deseamos pedir que se ore por algo, debíamos preguntarnos primero si nosotros mismos ya hemosorado al respecto. Si todavía no hemosorado por ello en nuestro hogar, no es necesario presentarlo en la reunión de oración, pues ello equivaldría a engañar a los hermanos. Si se trata de algo por lo cual usted jamás oró personalmente, de cierto es algo innecesario y superfluo orar por ello corporativamente. Esto constituye un principio, e incluso es una ley establecida. Cualquier cosa por la cual usted mismo no hayaorado personalmente, ciertamente no necesita convertirse en el objeto de nuestra oración conjunta. Pero si usted ya haorado por ello y, aun así, no se siente apto para orar solo por dicho asunto, entonces vale la pena presentar dicho asunto en la reunión de oración; es necesario que la asamblea ore por ello.

Algunas veces, Dios se valdrá de uno de nosotros para hablar en representación de todos los hermanos y hermanas. Todos aquellos que tienen alguna experiencia en la oración saben lo difícil que es encontrar las palabras más apropiadas para expresar las necesidades. Aun cuando cinco u ocho hermanos oran por lo mismo, es probable que todavía no hayamos liberados la carga que acompaña dicha oración. Por tanto, tenemos que seguir orando y pedirle al Señor que nos dé las palabras adecuadas a fin de expresar los pensamientos que dicho sentido de urgencia genera en nosotros. En tales casos, debemos orar pidiendo que Dios haga que un hermano o hermana exprese Sus pensamientos. Algunas veces

ocurre que hay hasta diez hermanos que oran por un mismo asunto, y aun cuando todas esas oraciones han sido muy buenas y se ajusten a la norma establecida, todavía perdura la sensación de que ninguna de esas oraciones ha conseguido dar en el blanco y, por tanto, el sentimiento de urgencia y carga continúa presente. De repente, tal vez un hermano comience a orar y seamos liberados de tal sentido de urgencia y carga en cuanto él diga las primeras palabras. En tales casos, todos los congregados se sentirán satisfechos y se identificarán plenamente con dicha oración al decir amén a la misma, pues ésta es una oración en el Espíritu Santo.

En 1926, en Fuzhou, me encontraba gravemente enfermo. Todo mi cuerpo adquirió un color lila. En aquella ocasión, tres hermanos y una hermana entraron a mi habitación a orar por mí. El primero oró con lágrimas, pero no sentí que él hubiese dado en el blanco. El segundo también oró fervorosamente, pero tampoco sentí que se hubiese operado cambio alguno. El tercero era conocido por sus oraciones, pero, esta vez, su oración resultó ineficaz. La cuarta persona era la hermana. Cuando ella comenzó a orar, dijo: “Oh Dios, nadie puede alabarte en el Hades. Tú no te complaces en que los hombres te alaben desde el Hades”. De inmediato, sentí como si un impedimento u obstáculo había sido eliminado. Ya no tenía que esperar a que concluyera dicha oración para empezar a sentirme recuperado. Una vez que el sentido de urgencia y carga se desvaneció, tenía la certeza de que había sido sanado. Aquella tarde, me levanté de mi lecho y, al día siguiente, viajé a Ma-wei. De allí, viajé a Amoy para realizar la obra. Tenemos que pedirle a Dios que nos tome como Sus portavoces en las reuniones de oración, a fin de que el sentido de urgencia y carga que embarga a los santos y las necesidades que los agobian, sean expresados por medio de nosotros con el lenguaje que es propio del Espíritu Santo.

(Tomado del libro *La vida de asamblea* — # Cat. 08-043-002)

COOPERAR CON EL MINISTERIO CELESTIAL (continuación de la página 1)

que bautizara a los otros, pero él se negó. Esto me inquietó: ¿por qué estaba yo bautizando a las personas como si fuera un pastor? A pesar de ello, bauticé a los dos creyentes nuevos.

Después del bautismo, ¡nos regocijamos sobremanera! Caminábamos por las calles hablando acerca de la gracia del Señor. Hacíamos tanto ruido que un hombre que venía detrás de nosotros se acercó y me preguntó: “¿Es usted Witness Lee?”

Le contesté: “Sí. ¿Por qué pregunta?”

Nos dijo que venía de una reunión de oración en una iglesia misionera, donde se habían quejado de que yo había bautizado a uno de sus candidatos, sin que yo fuera anciano ni diácono; ¿cómo podía haberme atrevido a hacer tal cosa? Luego, prosiguió: “Cuando los escuché hablando así, quise conocerlo. Nunca me imaginé que lo conocería tan pronto. ¿Cuándo tendrán su próxima reunión?”

Para el día del Señor, ya había once de nosotros, y una semana después, empezamos a celebrar la mesa del Señor. El

Señor ejerció Su autoridad como Cabeza para congregar a las personas. Aunque el número ciertamente era pequeño, estábamos en concordancia con el Cristo celestial. Desde aquel tiempo, mucho se ha logrado, no por medio de una organización, sino por medio del ministerio celestial de Cristo y por medio de Sus discípulos que cooperan con Él en la tierra.

(Tomado del libro *El ministerio celestial de Cristo* — # Cat. 06-012-002)

Reciba su alimento diario
eMANNA
www.emanna.com/espanol

EL EVANGELIO

En los Evangelios, el Señor nos llama a venir a Él, y luego nos manda a ir a otros. Los cristianos son personas que vienen y van constantemente. Todo el tiempo venimos al Señor, y todo el tiempo vamos a los hombres. Venimos al Señor para obtener misericordia, gracia, vida y poder. Sin embargo, eso es solamente la mitad del mandamiento. También debemos cumplir la otra mitad. ¡Debemos ir! Después de venir al Señor, debemos ir a las naciones para predicar el evangelio, para ganar almas.

Así que, debemos ser equilibrados. Los cristianos que van y vienen, son cristianos normales y sanos. Por una parte, tenemos que aprender a venir al Señor todo el tiempo, día tras día; por otra parte, tenemos que aprender a ir a otros. Venimos al Lugar Santísimo, y salimos fuera del campamento, a las personas, a las naciones. Si tenemos la intención y el deseo sinceros de practicar la vida de iglesia, debemos ser hermanos y hermanas que venimos al Señor día tras día y que vamos a las personas todo el tiempo.

En mi juventud, fui muy ayudado por un escrito corto pero interesante. El escritor decía que para ser un cristiano sano y normal, cada día debemos invertir por lo menos diez minutos para hablar con el Señor, diez minutos para que el Señor nos hable, diez minutos para hablar con los pecadores y diez minutos para hablar con los santos. Cada día debemos tener estos cuatro períodos de por lo menos diez minutos cada uno. Éste no es un asunto insignificante. Intenten ponerlo en práctica. Si hacemos esto, seremos sanos en los asuntos espirituales y en el espíritu. Sin embargo, no debemos hacer demasiado; al principio debemos hacer sólo un poco.

Marcos 16:15 dice que incluso debemos ir a toda la creación. Este versículo dice: “Y les dijo: Id por todo el mundo y proclamad el evangelio a toda la creación”. Los cristianos tienen mucho por hacer si han de predicar el evangelio no sólo a las naciones, sino también a toda la creación. ¡Debemos hacerlo!

La predicación del evangelio es una batalla; por consiguiente, tenemos que

orar. Antes de arrebatar los bienes del hombre fuerte, tenemos que atarlo. El hombre fuerte es el enemigo, Satanás, a quien atamos. Tenemos que pelear la batalla para poder predicar el evangelio de una manera prevaleciente. Pero, si no hemos sido edificados como una sola entidad, entonces el enemigo, Satanás y los espíritus malignos, se reirán de nosotros porque no tendremos el impacto. Habremos perdido el testimonio del Cuerpo de Cristo ante el enemigo. Por tanto, si hemos de predicar el evangelio de una manera prevaleciente, debemos ser edificados como una sola entidad. Aunque haya pocos hermanos entre nosotros, si somos uno en el espíritu y somos edificados como una sola entidad, finalmente tendremos el impacto. En cambio, si hay divisiones entre nosotros, si nos aferramos a nuestras opiniones y peleamos unos con otros, el impacto de la predicación del evangelio desaparecerá. Esto es lo que ocurre en el mundo espiritual.

(Tomado del libro *Principios básicos para el servicio en la vida de iglesia* — # Cat. 14-015-002)

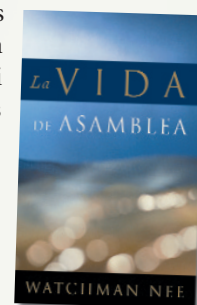
UN SOLO CUERPO

Tenemos en muy alta estima las palabras de Romanos 12:5: “Así nosotros, siendo muchos, somos un solo Cuerpo”. En este “nosotros”, estamos incluidos todos los creyentes. Sólo existe un pan. Por tanto, no debemos pensar que en el local de la calle Wen-teh partimos un pan, que en el local de la calle Gordon partimos otro pan, y que en Pekín o en la ciudad de Changchun se parte un pan diferente. En términos físicos, en todo el mundo pueden haber cientos y miles de panes, pero, en términos espirituales, delante de Dios hay un solo pan. Sin embargo, debido a que en nuestra carne todavía estamos limitados por el tiempo y el espacio, no podemos participar todos juntos de un mismo pan. De ser posible, todos los creyentes que hay en el mundo partirían un solo pan. Si bien los hermanos parten el pan

en Changchun, Pekín, Hangzhou o Nan-shu-zhou, delante de Dios hay sólo un pan. Así pues, el pan que partimos el domingo por la noche en Shanghai es el mismo pan que partió el hermano Luan en Hangzhou y que el hermano Hwang partió en Nan-shu-zhou. El pan que partimos en diversos lugares y el Cuerpo de Cristo que este pan representa, es, en todo lugar, el mismo pan y el mismo Cuerpo de Cristo. Dios únicamente tiene una iglesia en todo el mundo; y esta única iglesia se halla dispersa en diversas ciudades y aldeas. Estas iglesias dispersas por las ciudades y aldeas son llamadas las iglesias en aquellas ciudades o aldeas. Simplemente por comodidad, a todas esas iglesias en las diversas ciudades y aldeas, las llamamos “las iglesias de Dios”. Pero, en realidad, las iglesias de Dios son

simplemente “la iglesia de Dios”. El Señor nos manda partir el pan todos los domingos, el día del Señor, a fin de que recordemos que las iglesias en las diversas localidades no son iglesias independientes, sino que conforman una sola iglesia. Por ello nuestro símbolo es un solo pan. Este pan único nos recuerda que si bien los creyentes pertenecen a diversidad de épocas y lugares, todos constituimos un solo pan, y que si bien hay muchas iglesias locales, todas constituyen un solo pan.

(Tomado del libro *La vida de asamblea*— # Cat. 08-043-002)



LA VIDA DE ASAMBLEA
Cat. 08-043-002

LA ASCENSIÓN

Después de Su resurrección Cristo ascendió a los cielos, a Dios el Padre. Este fue el último paso de Su proceso. Efesios 4:8 dice que Él “subió a lo alto”. Cristo está ahora en el lugar más alto del universo. Marcos 16:19 dice que el Señor fue “recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios”. Estar sentado a la diestra de Dios equivale a estar en el lugar de mayor honor y autoridad. Él está allí coronado de gloria y de honra (He. 2:9). Él fue exaltado hasta lo sumo sobre todas las cosas y recibió un nombre que es sobre todo nombre (Fil. 2:9).

En Su ascensión, Cristo fue hecho Señor (Hch. 2:36), Soberano de los reyes de la tierra (Ap. 1:5) y Cabeza sobre todas las cosas (Ef. 1:22). Esto quiere decir que Él es el Soberano del universo, la autoridad suprema en el trono de la administración de Dios. ¡Él es el dueño de todo el universo! Tal vez esto no le impresione tanto porque usted piensa que, como Cristo es Dios el Creador, Él ya era Señor y Gobernante del universo. Pero debe darse cuenta de que el Cristo que hoy es Señor, no es simplemente el Señor que creó el universo, sino el Dios que se encarnó para ser hombre y sigue siendo hombre después de Su resurrección y ascensión. ¡Ahora hay un hombre en los cielos, quien fue exaltado y establecido como Señor del universo! Es fácil para nosotros creer que el Dios Creador es el Señor. Pero, ¿puede usted creer que el hombre Jesús, aquel carpintero humilde, está ahora en el trono como Señor sobre todo el universo? ¡Aquel hombre insignificante que vino de la despreciable ciudad de Nazaret fue hecho Cabeza sobre todas las cosas!

Hechos 2:36 dice que en Su ascensión, Jesús fue hecho el Cristo. “Cristo”

quiere decir el Ungido de Dios, Aquel que fue designado por Dios para cumplir Su plan divino. El Padre envió al Hijo para efectuar la obra de redención y todo lo relacionado con el propósito de Dios. Así que, el Hijo es llamado el Cristo. Pero, ¿acaso Él no era el Cristo antes de Su ascensión? Sí lo era, pero no oficialmente. En Su ascensión, el Señor fue hecho oficialmente el Cristo.

Una buena forma de entender la ascensión del Señor es definirla como Su investidura. Cada vez que un nuevo presidente es electo en los Estados Unidos,

Cristo está en el lugar más alto del universo

debe ser investido como tal. Después de ser elegido por el pueblo, incluso antes de la inauguración, él ya es el presidente electo, pero oficialmente todavía no lo es. Se requiere de una designación pública, de una ceremonia de investidura, para que él oficialmente llegue a ser el presidente. La ascensión de Jesús es exactamente lo mismo. Él ya era el Cristo y el Señor, pero esto no se hizo oficial hasta el día de Su ascensión. De hecho, ni siquiera era el Salvador oficialmente, hasta el día de Su ascensión (Hch. 5:31). ¡Alabado sea el Señor por Su ascensión! Aquel humilde

nazareno llamado Jesús es ahora el Rey de reyes y Señor de señores (Ap. 19:16). En la ceremonia de investidura del presidente de los Estados Unidos, miles de personas desfilan por Washington, D. C. ¡No sabemos cuántos ángeles desfilaron en los cielos cuando Jesús fue investido oficialmente como el Señor de todo!

El Señor Jesús ciertamente llevó una vida muy fructífera sobre la tierra. Su obra en la tierra se conoce como Su ministerio terrenal. Por medio de Su encarnación, vivir humano, muerte y resurrección, el Señor Jesús efectuó la obra de redención. Por eso muchos versículos de la Biblia dicen que después de Su ascensión, Cristo se sentó a la diestra del Padre. Ya que Su ministerio terrenal fue un éxito absoluto, Él está ahora sentado descansando a la diestra de Dios.

Sin embargo, este es sólo el aspecto histórico, pues Cristo también tiene que llevar a cabo una gran obra desde los cielos; ahora Él tiene un ministerio celestial. Cuando Esteban estaba siendo apedreado, él miró hacia el cielo y vio “al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios” (Hch. 7:55-56). En Apocalipsis 2:1, Juan vio al Señor caminando en medio de los siete candeleros de oro. Y en Apocalipsis 5:6, el mismo Juan vio al Señor como el Cordero, de pie, en medio del trono. ¡No piense que Cristo está sentado en los cielos sin hacer nada! Él está sumamente activo llevando a cabo Su ministerio celestial. Después de haber sido investido oficialmente para ejercer Su oficio, Él aún tiene que cumplir muchos deberes importantes. De los varios oficios para los que fue investido en Su ascensión, los tres más importantes son: gobernar sobre los reyes de la tierra;

N D E C R I S T O

ser Cabeza sobre todas las cosas a la iglesia; y ser nuestro gran Sumo Sacerdote.

Como Gobernante de los reyes de la tierra, Cristo administra, controla y dirige todos los gobiernos y eventos mundiales. El propósito principal de tal administración, sin lugar a dudas, es la propagación del evangelio. Cristo administra a fin de reunir a los elegidos de Dios. Al estudiar la historia del mundo podemos ver que el curso de los eventos mundiales ha sido planeado divinamente con miras a la propagación del evangelio. Nuestro calendario, el cual es usado por todo el mundo, se basa en el nacimiento de Cristo. Incluso los países ateos como Rusia y China usan este calendario, lo cual implica que ellos se encuentran bajo la administración de Cristo. De acuerdo con el calendario de Cristo, actualmente estamos en el año 1985. Esta fecha no se calcula a partir de los césares romanos o de los zares rusos, sino desde el nacimiento de Cristo. ¡Nuestro Cristo gobierna sobre toda la tierra con miras a la propagación de Su evangelio!

Además de ser el Soberano de las naciones, Cristo es también Cabeza de la iglesia. Él fue dado por Cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, y como tal, Él trabaja para obtener Sus vasos escogidos. Baste como ejemplo uno de Sus vasos, Saulo de Tarso. El libro de Hechos nos muestra cuánto hizo el Cristo ascendido para cautivar a Saulo, ya que este hombre era un vaso crucial que llevaría a cabo el mover de Dios en la tierra.

Hoy el Cristo ascendido nos ministra conforme a nuestra necesidad interior. En el tiempo del Antiguo Testamento, el Sumo Sacerdote ministraba a Dios a favor del pueblo. El libro de Hebreos dice que

Cristo es nuestro gran Sumo Sacerdote, capaz de compadecerse de nuestras debilidades (4:14-15). En virtud de que Cristo se hizo hombre, Él está capacitado para conocer cabalmente nuestros problemas y debilidades; y al mismo tiempo, por haber sido designado según el poder de una vida indestructible (He. 7:16), Él está facultado para cuidar de nosotros en medio de cualquier circunstancia (He. 7:25).

Cristo está absolutamente capacitado para llevar a cabo Su oficio y cumplir Su ministerio celestial. Él trabaja día y noche controlando cada evento de la tierra, desde el hecho de levantar o derribar naciones, hasta designar la maestra de nuestra clase de español. Todo esto lo hace a fin de cumplir el propósito eterno de Dios. No obstante, sin nuestra cooperación, es muy poco lo que el Cristo ascendido puede hacer; si bien Él es nuestra Cabeza, nosotros somos Su Cuerpo. En la tierra, Él actúa únicamente por medio de nosotros, Sus miembros. Cristo requiere nuestra cooperación; este es un asunto sumamente serio.

El Señor desea que todos los hombres sean salvos, pero no los puede salvar a menos que nosotros les hablemos. Con respecto a este asunto, el Dios todopoderoso no puede hacer nada a menos que nosotros cooperemos con Él. ¡Qué gran responsabilidad tenemos! Y al mismo tiempo, ¡qué gran privilegio! ¡Podemos ser aquellos que le permitamos a Dios actuar y moverse en la tierra para cumplir Su propósito eterno! Somos personas muy importantes en el universo; por consiguiente, debemos cooperar fielmente con Él.

(Tomado del *Libro de lecciones, nivel 2, El Dios Triuno y la persona y obra de Cristo* — # Cat. 16-019-002)

“Varones galileos, ¿por qué os quedáis mirando al cielo? Este Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, vendrá de la misma manera que le habéis visto ir al cielo.” (Hechos 1:11)

El Evangelio de Lucas concluye con la ascensión del Señor al cielo (24:51), y el libro de Hechos comienza con esto mismo. El Evangelio de Lucas es una narración del ministerio terrenal del Jesús encarnado; el libro de Hechos narra la continuación del ministerio del Cristo resucitado y ascendido, efectuado desde el cielo mediante Sus creyentes en la tierra. En los evangelios, el ministerio terrenal del Señor, que Él mismo efectuó, consistió solamente en que Él se sembró como la semilla del reino de Dios en Sus creyentes, sin que la iglesia fuera aún edificada. En el libro de Hechos, el ministerio celestial del Señor, llevado a cabo por medio de los creyentes en la esfera de la resurrección y ascensión del Señor, consiste en propagarle como el desarrollo del reino de Dios a fin de que la iglesia sea edificada (Mt. 16:18) por todo el mundo para constituir Su Cuerpo, el cual es tanto Su plenitud (Ef. 1:23) para Su expresión como la plenitud de Dios (Ef. 3:19) para la expresión de Dios.

La ascensión del Señor indica Su segunda venida. Entre estos dos eventos se encuentra la dispensación de la gracia, en la cual Él, quien es el Cristo *pneumático*, el Espíritu vivificante (1 Co. 15:45), aplica Su redención todo-inclusiva a los escogidos de Dios a fin de que reciban la plena salvación, y así Él pueda producir y edificar la iglesia como Su Cuerpo, con miras al establecimiento del reino de Dios en la tierra.

Cristo ascendió al cielo desde el monte del Olivar (v. 12) llevado por una nube, de un modo visible al ojo humano. Él volverá al mismo monte (Zac. 14:4) en una nube (Mt. 24:30), también visiblemente.

Esta visión de la ascensión de Cristo al cielo fortaleció la fe que los discípulos tenían en Él y en lo que Él había hecho por ellos mediante Su muerte y resurrección. También amplió la perspectiva que ellos tenían tocante a la economía celestial de Dios, la cual los había llevado a cooperar con el ministerio celestial de Cristo para que la economía neotestamentaria de Dios fuera llevada a cabo en la tierra. Los creyentes debían tener tal visión acerca de la ascensión de Cristo.

(Notas 11²-11⁵ de la *Versión Recobro* del Nuevo Testamento)

EL ENTRENAMIENTO

de los discípulos

Hemos visto que el Dios Triuno se hizo un Hombre que vivió en esta tierra por treinta y tres años y medio. Este Dios-hombre luego murió una muerte maravillosa y todo-inclusiva en la cruz para resolver todos los problemas negativos y para liberar la vida divina. Entonces Él venció la muerte saliendo de la muerte en resurrección. En el día de Su resurrección Él regresó a los discípulos como el Cristo neumático y se sopló a Sí mismo dentro de ellos como el Espíritu de vida (Jn. 20:22).

Después de la resurrección y antes de la ascensión del Señor, Él pasó cuarenta días con los discípulos (Hch. 1:3). El número cuarenta indica un tiempo de prueba (Dt. 9:9, 18; 1 R. 19:8; He. 3:9; Mt. 4:2). En estos cuarenta días antes de Su ascensión, Él probó a Sus discípulos.

La presencia invisible del Dios Triuno procesado ahora estaba dentro de ellos. Ellos tenían que ser entrenados a practicar esta presencia, a vivir y conducirse en esta vida y a ser personas en esta vida. El Señor los estaba entrenando a ser las personas divinas en esta tierra. ¡Esto es maravilloso! El Señor creó el universo entero en seis días, pero pasó cuarenta días para entrenar a Sus discípulos. El entrenamiento de los discípulos era una tarea más grande que la creación del universo. Él se apareció a dos discípulos en el camino a Emaús (Lc. 24:13-35), se apareció a los discípulos dos veces en un cuarto cerrado (Jn. 20:19,26), y también se apareció a los discípulos junto al mar de Tiberias (Jn. 21:1). Su aparición y desaparición entrenó a Sus discípulos a conocer Su presencia invisible.

Era difícil que el Señor Jesús entrenara a Sus discípulos a confiar en Él para su vivir. Debido a la prueba de la necesidad de su vivir, Pedro regresó a su vieja ocupación, retrocediendo del llamamiento del Señor (Jn. 21:3; Mt. 4:19-20; Lc. 5:3-11), y Tomás, Natanael, los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos lo

siguieron para ir a pescar (Jn. 21:2-3). Pedro fue probado, pero no pudo aprobar la prueba. Todos ellos descendieron al mar para regresar a su vieja profesión, pero no se daban cuenta de que trajeron consigo al Señor Jesús allí porque el Señor Jesús estaba dentro de ellos todo el tiempo. No importa donde estaban, a donde iban, o lo que hacían, no podían ser separados de Él porque Él estaba mezclado con ellos. Debido a que ellos no se daban cuenta de esto, Él necesitó cuarenta días para entrenarlos.

Mediante tal presencia invisible, este Cristo invisible llegó a ser el elemento y la esencia intrínseca de Sus discípulos. Ellos estaban acostumbrados a cosas visibles. Él quería que supieran ellos que aunque no le veían o sentían Su presencia, Él estaba aún con ellos todo el tiempo (Mt. 28:20).

Él estaba allí cuando se aparecía y estaba ahí cuando se desaparecía. Ellos no necesitaban perturbarse por Su desaparición, y no necesitaban emocionarse por Su aparición. Ya sea que se apareciera o se desapareciera, Él estaba allí todavía con los discípulos cuidando de ellos.

Después de terminar este entrenamiento de cuarenta días, el Señor tuvo la paz de dejarlos, así que los llevó a todos al monte de los Olivos donde fue llevado al cielo (Lc. 24:51; Hch. 1:12). Esto

lo introdujo a otra etapa nueva. Antes de Su encarnación, Él era meramente Dios. Su encarnación lo introdujo a una etapa nueva, una etapa en la cual Él viviría en esta tierra treinta y tres años y medio, una etapa en la cual Él sería un hombre que vivía a Dios. Luego Su ascensión lo introdujo a la tercera etapa. Esta etapa es la de un hombre resucitado que vive en los cielos para ejecutar las cosas que Dios determinó sobre esta tierra. Este Resucitado ahora está sentado en los cielos para ejecutar la administración de Dios (He. 12:2). Esta Persona en los cielos es la Cabeza.

(Tomado del libro *La economía neotestamentaria de Dios* — # Cat. 04-006-402)

*Los estaba
entrenando a ser
personas divinas
en esta tierra*

Se puede entrar en Dios

Según la revelación divina de los sesenta y seis libros de la Biblia, nuestro Dios es un Dios en quien se puede entrar. Por los siglos se ha predicado y enseñado que Dios es justo, santo, misericordioso y fiel. Sin embargo, también debemos darnos cuenta de que el Dios justo, santo, misericordioso y fiel, también es un Dios en quien se puede entrar.

El arca de Noé es un tipo que representa el hecho de que Dios es un Dios en quien se puede entrar. El arca tipifica a Cristo, quien es la incorporación de Dios, y en aquel arca se podía entrar. Noé, su mujer, sus tres hijos, y sus tres nueras entraron en el arca. El arca no solamente era confiable, sino

que también se podía entrar en ella. Debido a que en el arca se podía entrar, las ocho personas que entraron en ella se salvaron del diluvio. De la misma manera, todos los aviones tienen la característica de que en ellos se puede entrar. Si un avión “747” fuese solamente confiable, pero no se pudiera entrar en él, no podríamos ir en él a ninguna parte. Sin embargo, cuando entramos en el avión “747”, nos salvamos del viento y de la tormenta, y estamos en camino a nuestro destino. Nuestro Dios, en quien se puede entrar, es la verdadera arca y el verdadero avión “747”.

(Tomado del libro *La economía neotestamentaria de Dios* — # Cat. 04-006-402)

PASAR POR LA MUERTE

Es posible que alguien pregunte: ¿cómo Dios puede morir? En realidad, Dios no hizo nada más que pasar por la muerte. Hablando científicamente, ninguno de nosotros morirá. Lo que muere es solamente nuestro cuerpo. Nuestro espíritu y nuestra alma nunca mueren. Cuando yo muero, esto no quiere decir que todo mi ser muere. Significa que sólo una de mis tres partes muere. Después de que muera nuestro cuerpo, nuestro espíritu y nuestra alma irán al Paraíso para esperar la resurrección de nuestro cuerpo. Aun cuando los incrédulos mueren, su cuerpo muere y su espíritu y su alma van al Hades. Lucas 16 muestra que en el caso del hombre pobre Lázaro y el hombre rico, sus cuerpos murieron pero sus espíritus y sus almas fueron al Hades (vs. 22-26).

En el Hades hay dos secciones: una sección agradable que es llamada el Paraíso y una sección de tormento. Esta sección de tormento es como una cárcel donde se retiene a criminales temporalmente.

Cuando Cristo murió en la cruz, la parte de Él que murió fue Su cuerpo humano. La esencia divina no estaba en Su cuerpo sino en Su espíritu. Cuando fue crucificado en la cruz, su ser entero sufrió la muerte, pero solamente Su cuerpo murió y no Su espíritu. Su espíritu sólo sufrió la muerte y pasó por ella. Hablando con propiedad, Su espíritu nunca murió. Primera Pedro 3:18 dice: “Porque también Cristo murió una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu”. Él fue muerto en Su

carne, en Su cuerpo, pero fue vivificado en Su espíritu.

Cuando Cristo estaba muriendo en la cruz, le daban muerte no en Su ser entero, sino solamente en Su carne. ¡En Su espíritu fue vivificado! El hombre le dio muerte en Su carne pero cuando los soldados romanos le daban muerte en Su carne, ¡el Dios Triuno estaba vivificando a Jesús en Su espíritu!

Primera Pedro 3:19-20 nos dice que inmediatamente después de la muerte de Su cuerpo, Cristo estaba fuerte y activo en Su espíritu y fue a proclamar Su victoria a aquellos desobedientes de los tiempos de Noé. “En espíritu” (v. 18) no se refiere al Espíritu Santo, sino al espíritu que es la naturaleza espiritual de Cristo (Mr. 2:8; Lc. 23:46).

(Tomado del libro *La economía neotestamentaria de Dios* — # Cat. 04-006-402)

Muriendo por fuera, resucitando por dentro

Mientras los soldados romanos le mataban, Su resurrección proseguía. Mientras un grano de trigo muere debajo de la tierra, la vida por dentro crece. Por una parte, el grano muere exteriormente. Por otra, la vida interior del grano resucita interiormente. Dos cosas prosiguen simultáneamente en dos direcciones. La muerte toma lugar en la cáscara del grano y la vida crece dentro de la cáscara. A la vez que un grano de trigo muere, la resurrección toma lugar. Primera Pedro 3:18 es un versículo crucial en el Nuevo Testamento que nos revela lo que estaba sucediendo cuando Cristo moría en la cruz. Al morir en la carne en la cruz, a la vez estaba resucitando en Su espíritu. Esto fue el comienzo de Su resurrección. Su resurrección no tuvo lugar de repente, temprano por la mañana el tercer día después de Su muerte, más bien

empezó cuando estaba en la cruz, cuando estaba bajo la muerte.

¡Cuando Jesús como el grano de trigo estaba muriendo exteriormente en la cruz, interiormente estaba resucitando! Los soldados romanos llevaron a cabo la muerte, y el Dios Triuno llevó a cabo la resurrección. Dos cosas proseguían al mismo tiempo. Todos los que estaban cerca, mirando la crucifixión, vieron a los soldados matando a Jesús exteriormente, pero no tenían la visión interior para ver que mientras los soldados romanos le mataban exteriormente el Padre, el Hijo y el Espíritu interiormente hacían que Su espíritu resucitara. Mientras un equipo de soldados romanos le mataba, otro equipo, un equipo formado por el Padre, el Hijo y el Espíritu, lo estaba resucitando desde Su interior. Esto fue el comienzo de la resurrección.

(Tomado del libro *La economía neotestamentaria de Dios* — # Cat. 04-006-402)



LA ECONOMÍA NEOTESTAMENTARIA DE DIOS
Cat. 04-006-402

SINTONÍCENOS EN:

California y B.C. Radio Nueva Vida
Lun. a vie. 9:30 pm

El Paso 1340AM
Lun., mar. y miér. 8:00 am

Dallas 1440AM
Lun., miér. y vie. 7:00 am

Filadelfia 690AM
Jue. y vie. 1:30 pm

México DF Radio Noticias
Sáb. 11:00 pm; dom. y miér. 7:00 pm

También puede escuchar
nuestros archivos en
www.lsm.org/espanol

DIOS NOS ILUMINA PARA QUE CONFESAMOS NUESTROS PECADOS

Algunos han sido salvos por mucho tiempo; sin embargo, nunca han dedicado un tiempo específico para confesar sus pecados a Dios. Antes de conocer a Dios, uno piensa que es bueno, pero después de entrar en contacto con Dios, inmediatamente uno se da cuenta de que es malo. ¿Por qué sucede esto? Esto se debe a que Dios es luz, y a que Dios es como un espejo. Todo el que ve la luz se da cuenta de que es pecaminoso delante de Dios.

En el Antiguo Testamento, cuando una persona se acercaba a Dios, inmediatamente percibía su propia pecaminosidad. Cuando el profeta Isaías fue iluminado, inmediatamente se dio cuenta de que era inmundo. Cuando un serafín desde el cielo dijo: "Santo, santo, santo", Isaías dijo: "¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos..."

(Is. 6:3, 5). Hay por los menos cuatro áreas de nuestro ser en las que somos inmundos: nuestro labio superior, nuestro labio inferior, nuestra lengua y nuestra garganta. Tal vez algunos digan: "Eso no es cierto; mis labios, mi lengua y mi garganta están muy limpios". No obstante, cuando llega el día en el que verdaderamente somos iluminados por Dios, vemos que no hay otra parte en nuestro cuerpo más pecaminosa que nuestros labios. No importa quiénes seamos, tan pronto Dios se nos acerca, habremos de confesar nuestros pecados.

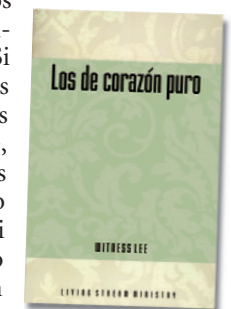
Alguien a quien estuve predicando el evangelio, me confesó que antes de su salvación él creía ser un perfecto caballero; y tengo que admitir, que él se comportaba como tal. Pero un día se enfermó y comenzó a padecer una diversidad de dolencias: presión alta, problemas cardíacos y pulmonares, etc. A pesar de haber permanecido un tiempo considerable en el hospital, seguía sin recuperarse. Un día se sintió verdaderamente desesperado y, tendido en su lecho, empezó a preguntarse qué clase de persona era él. Cuanto más pensaba en sí mismo, más se convencía de que era un buen hombre; y cuanto más profundamente se examinaba, más consideraba de que era una buena persona. En aquel momento, sin embargo, vio una Biblia cerca de él. Él aún no había creído en Jesús ni sabía lo que era la salvación; así pues, al abrir la Biblia y leerla brevemente, de improvviso descubrió que efectivamente había algo malo en su ser, algo que él nunca había visto antes. Se dio cuenta de que un pensamiento suyo no era correcto, así que decidió confesar su pecado a Dios. En cuanto confesó su pecado, le sobrevino un segundo sentimiento que lo condujo a confesar otro pecado; luego surgió un tercer sentimiento y, así, confesó un tercer pecado; después, un cuarto y un quinto. Estuvo confesando sus pecados de esta manera hasta perder la cuenta. Después de haber transcurrido un tiempo confesando, vio que no debía seguir confesando sus

pecados tendido en la cama, así que se levantó para arrodillarse a un costado de su cama; después de haber confesado más pecados, dejó de apoyarse en la cama y se tendió en el piso para confesar, con lágrimas, sus muchos pecados. Durante por lo menos tres horas, sentía que cuanto más pecados confesaba, más pecados tenía para confesar. En el pasado, él no tenía ningún sentimiento que le indicara que estaba mal, pero aquel día percibió algo completamente distinto. Al comienzo, sólo sintió que estaba un tanto errado. Pero una vez que hizo su primera confesión, un segundo pecado vino a su mente; y luego que hubo confesado este segundo pecado, fue hecho consciente de un tercer pecado. Continuó confesando sus pecados y llorando a causa de ellos, hasta perder la noción del tiempo. A pesar de que se trataba de una persona de carácter y que había obtenido grandes logros en su profesión, ¡esta persona fue salva! Y su experiencia de salvación no fue algo superficial, sino que fue una experiencia profunda en la que confesó todos sus pecados.

Al principio Pedro no se dio cuenta de que era pecador, pero cuando el Señor lo iluminó, inmediatamente dijo: "Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador" (Lc. 5:8). En el Antiguo Testamento, Job fue alguien que tampoco estaba consciente de sus pecados hasta que Dios lo iluminó.

Cuando Dios nos ilumina, inmediatamente vemos nuestra inmundicia y maldad. Si nunca le hemos permitido a Dios que nos ilumine, entonces, a los ojos de Dios, no hemos dado ni siquiera un paso ni progresado en lo más mínimo.

(Tomado del libro *Los de corazón puro*)



LOS DE CORAZÓN PURO
Cat. 07-960-002

LA FE QUE OÍMOS

es una publicación de *Living Stream Ministry*. La suscripción es gratuita. Esperamos que este boletín no solo sea informativo, sino también nutra y refresque su espíritu.

L.S.M.
P.O. Box 2121
Anaheim, CA 92814
Radio: 800-810-1149
Para ordenar libros: 800-549-5164
Internet: www.lsm.org/espanol
Email: books@lsm.org

Según la revelación de las Escrituras, creemos que todo ministerio que proviene de Dios debe confiar en Dios. Sin embargo, si el Señor dirige a algunos de nuestros oyentes a ofrendar, aceptamos las ofrendas como dadas por el Señor para la propagación de Su verdad. Puede enviar su cheque o giro postal a nombre de "LSM" designado a Radio en Español.

©2004 Living Stream Ministry. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida por ningún medio - gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación o sistemas informáticos - sin el consentimiento escrito del editor.

PARA HACER PEDIDOS de cualquiera de los libros mencionados en esta revista o cualquier otro libro, puede hacerlo usando su tarjeta de crédito llamando al 1-800-549-5164, o puede enviar su pedido con su giro postal o cheque a nombre de "LSM" al PO Box 2121, Anaheim, CA 92814.